

## EL MUNDO DEL LIBRO

Escrito: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

LOS HIJOS DE JOB  
Cuentos—Mario Franco Ruiz.

Conocimos a Mario Franco Ruiz cuando escribía en un diario de Bogotá una magnífica sección denominada *Lingotes*. Pasaba por allí un corrosivo humorismo que denotaba a distancia cómo su autor era hombre de sutiles alambiques y de ácidas muecas frente a lo precario y circundante. Es preciso no olvidar que el Presente se torna ceniza para dar sitio al Futuro, con sus numerosas caras y enigmas.

Ahora Franco Ruiz nos ha entregado esta obra suya. En verdad no se puede hablar de cuentos en el sentido técnico del vocablo, pues, nada de esto existe en estos relatos. Pero sí podemos hablar de un discípulo de los grandes valores de la Cultura Universal que, dejando de lado el eterno canto al paisaje, a las buenas o malas costumbres, a cierto folclorismo plástico, se adentraron por la mina negra donde el hombre tiene sus secretos vertederos. Claro está que no logra Mario Franco Ruiz, darnos la cabalidad de su mensaje. Precisamente porque en la obra de minero del alma, mata su propio gusto literario. El humorismo que podría emplearlo a sus anchas, lo pone a colgar como un fanteoche a la entrada del subterráneo donde trata de descubrir nuestros sentimientos, angustias, morbosidades, sadismos, miserias, lacras, pestilencia. Y en ello comete un positivo error de perspectiva literaria. Porque desperdiciar lo auténtico por buscar lo exótico y un poco postizo, no lleva sino a la frustración intelectual. Pero no puede desconocerse en ningún momento la calidad de esta obra. Algunos cuentos carecen de alta calidad, si los comparamos con otros del mismo libro, por ejemplo *La angustia se lava la cara* donde el drama de la Conciencia, de nuestros pasos de niebla por el mundo, se presenta desnudo, trascendental, metafísico y hondo de pavora. El cuento *Yo vivo mi llagá*, es de una retorcida simbología, un extraño bosque de árboles maléficos, cuyas raíces se alimentan de nuestro propio corazón.

Franco Ruiz ha sido un apasionado lector de teorías y de escritores que se adentraron en el laberinto del sub-conciente. Por eso mismo, su literatura, no pertenece a lo que entrega el pensamiento colombiano, sino a algo más universal como es todo aquello donde el hombre se sienta a monologar, mientras su alma lo acompaña tendida al lado como una sombra macilenta.

Escritor de extrañas zonas, de climas de maleficio, entrevistados por Freud, Prouts, Kickergaard, Dostoiewski, todos aquellos que se encararon un día con los problemas del Mal, de la Justicia, del Miedo, de la Muerte y de la Ontología.

Recomendamos estos cuentos a quienes gusten de esta literatura que, como decíamos es flor de invernadero en un medio tropical, exuberante de retoricismo sin calidad y de adjetivos engolados que se rompen como espuma.

ATLAS DE ECONOMIA COLOMBIANA.  
Segunda entrega—Investigaciones  
Económicas del Banco de la República.

En su debida oportunidad hicimos el comentario a la primera entrega del Atlas de la Economía Colombiana, elaborado con sumo cuidado y alta calidad en su presentación por el Departamento de Investigaciones Económicas del Banco de la República.

Ahora ha visto la luz la segunda entrega de esta seria y fundamental publicación en el orden de dar a conocer a Colombia. Es de admirar la belleza tipográfica, la calidad y hermosura de los mapas y la responsable confrontación de nuestras realidades en la parte puramente expositiva del texto. Una publicación como este Atlas, enriquece de verdad la escasa bibliografía colombiana en lo que ésta tiene de trascendente y útil para formarnos una idea de lo que somos, lo que podemos realizar y los factores geográficos, etnográficos, culturales, sociales, que punzan la meditación de cualquier estudioso de los problemas patrios.

Este segundo tomo, está dividido en la siguiente forma:

- 11—Mapa político.
- 12—División administrativa sobre la base de pisos térmicos.
- 13—Distribución real de la población.
- 14—Aspectos étnicos.
- 15—Aspectos de la densidad y crecimiento de la población.
- 16—Distribución de tierras y habitantes.
- 17—Movimiento migratorio interno y externo.
- 18—Distribución de la población activa e inactiva.
- 19—Aspecto cultural.
- 20—Áreas culturales según sistema de intensidad en comunicaciones.

Estos títulos son suficientes para darnos una idea global del Atlas. Pero no son ellos únicamente los que pueden formar un concepto de lo que contiene la obra. Es preciso conocerla; ojearla aún por profanos en estas materias, para darse cuenta de que *Colombia* es un país totalmente desconocido por sus propios habitantes. Y quien en verdad se respete espiritualmente, tiene que saber cómo está formada su nación para en esta forma poder amarla, padecerla y buscar su porvenir. Este Atlas arroja toda la luz sobre los palpitantes problemas colombianos. Sobre su raza, sus trabajos, sus presupuestos culturales, lo que podemos lograr y aquello que es preciso superar con tenacidad y esfuerzo.

Para los estudiantes de Economía, de Derecho, de Ciencias de la Educación, de Sociología es fundamental esta obra que enriquece el pensamiento colombiano y nos muestra, por fin, la verdadera cara del país.

EL REINO DE ESTE MUNDO.  
Novela—Por Alejo Carpentier.

Hemos recibido esta nueva edición de la gran novela de Alejo Carpentier, con una noble dedicatoria del gran escritor cubano. ¡Qué aires estremecidos pasan por este relato! Es nuestra América, tan poblada de Mitos, de Supersticiones, de Totems. Historia bronca de negros humillados que se revelan contra el blanco, su molicie, su refinada cultura francesa. La negrería toca el tambor ardiente y crece una Coreografía sensual, plástica, que derrama vehemencia, tristeza, pesadumbre. Y los negros, con ojos desorbitados, ven llegar por los cañaduzales, el Misterio, los poderes sobrenaturales que han de matar al blanco codicioso y detener el placer en las rojas bocas de sus amantes!

Alejo Carpentier sabe penetrar en esa sombría y llagada entraña de la negrería. Su relato carece de artificios. Es plástico, sensual, sin azoro de acuarela. Sabe llevarnos de la mano por los territorios del Miedo y presentarnos al hombre primitivo en sus eternos ritos, en esa extraña liturgia que envuelve al ser humano cuando solamente alarga el oído en busca de las promesas agoreras del viento.

Alejo Carpentier maneja el idioma con suma maestría. Los vocablos cubren el relato como una extraña pedrería en la gualdrapa de un elefante sagrado. Volvemos, pues, a la infancia de la Humanidad. Grana el Mito y crece el Romance. Sangre espesa de sacrificio y ardor maléfico en quienes todo lo esperan de Mackandall, el negro convertido en dios vengador, con el veneno en los alimentos, el aire, la yerba, el rocío, la misma canción.

Cuba tiene, pues, en este novelista una figura estelar en el horizonte americano. Porque ha penetrado en un mensaje enigmático y virgen. Ha desentrañado este tropicalismo caliente, esta vaharada absurda que crece en torno nuestro cuando abandonamos las blancas ciudades de cemento, para buscar aquello que nos pertenece y es también filial y cruz. Estupendo relato este que honra la novelística de América en sus escuetos perfiles de mensaje.

ULTIMOS LIBROS DE AZORIN.

La Editorial Nueva, de Madrid, ha publicado los dos últimos libros de Azorin. Sus títulos *Posdata* y *Agenda*. Son unos finos manuales para acibarar la Melancolía. Confiesa el maestro que ya le cansa el preciosismo literario y que, en adelante, escribirá como le saltan a la pluma las palabras sin cuidarse mucho de su acicalamiento.

Siempre será Azorin un escritor-pintor. Nació para recrearse en pueblecitos, en oteros, en campiñas. Descubre las más sutiles resonancias que dejan en los seres las cosas, igual que la vibración de una campana en un valle a la hora crepuscular. Acuarelista auténtico su prosa nos

viene a la mano como un pesebre de ensueño. Siempre el mismo Azorín de Doña Inés y de Los Pueblos. A veces nos desespera su tono lírico. Siempre igual a sí mismo. Jamás una sorpresa. Tendido a cordel, apiñado como esas casitas que se dan la mano para trepar por un cerro. Estilo de matices, cristal y humo dormido. Terminamos de leer estos dos manuales y parece que saliéramos de otras obras del Maestro, con el mismo ritmo calmo y la serena armonía en la pintura. ¿No existirá otro Azorín? Ya no. Envejece el escritor sin concesiones a la galería. Una quietud arremansada, humo de rebaño en dedos aristocráticos que maceran el ocio como un opio finísimo.

Y el mundo es otra cosa. Dolor, pesadumbre, angustia, miseria, muerte. Quien pudiera ser Azorín, vivir su mundo detenido, alimentarse en el cristal del silencio. Pero ya "no es hora de aprender".

En todo caso, recomendamos estos dos libritos eruditos y bellos, a quienes tengan el desinterés aristocrático de amar la belleza por su misma forma, sin posibles evasiones.

CHUO GIL Y LAS TEJEDORAS.  
Drama—Por Arturo Uslar Pietri.  
Caracas. Venezuela—

Numerosas son las facetas intelectuales de Arturo Uslar Pietri. Novelista, nos ha dado libros de la calidad de *Las Lanzas Coloradas* y *El Camino de El Dorado*, donde aprisionó el alma tumultuosa de dos épocas de definitiva trascendencia en la Historia de América. Cuentista, nos ha entregado relatos de tan subida calidad literaria como *Barrabás*, *Treinta Hombres y sus Nombres*, suficiente para inscribir su nombre entre los mejores escritores de este género tan difícil. Ensayista, sus meditaciones d *Pizarrón*, *Las Nubes*, *Hombres y Letras de Venezuela*, lo califican como a uno de los pocos escritores que saben aunar la espléndida belleza formal, con el tema como gravitación y sentencia.

Y ahora nos ha entregado dos breves obras de teatro que lo señalan también como un maestro en el género. Este drama bárbaro y casi rural de Chuo Gil y las Tejedoras, que nos recuerda un poco la Hija de Iorio de Gabriel D'Annunzio y mucho de García Lorca, en *Bodas de Sangre*, recomienza la eterna historia de la murmuración humana. Pero dejemos hablar al mismo Uslar Pietri:

si fuera una obra de costumbres podría llamarse simplemente: los murmuradores,

"Si esta fuera una obra simbólica podría llamarse la parábola de la civilización; pero como carece por igual de propósito simbólico deliberado y de complacencia costumbrista, sella simplemente Chuo y las Tejedoras. Es decir, una visión de seres humanos, metidos en los ambientes superpuestos y mezclados de lo visible cotidiano y de lo invisible cotidiano, de lo individual y de lo social, de lo recibido y de lo creado, es decir, en el trabajo de vivir con el destino o de vivir con la historia, que es el trabajo esencial del hombre. El destino, es decir lo que sucede y creemos que tenía que suceder, es como un tejido. Solo que no lo hilan o tejen, como parecían creer los antiguos, unas cuantas divinidades hacendosas como las Parcas, sino que todos contribuimos a tejerlo. En este sentido es verdadero que todos hacemos la Historia y la Biografía".

Exacto. Las vidas ajenas y las nuestras cambian, sufren mutaciones, todo por el quehacer común, por esta trabazón de hilos que nos dan el gobelino donde asoma el dragón o el drama de la carne. Este teatro vital, humano, que en Colombia carece desgraciadamente de creadores auténticos.

VEINTICINCO AÑOS DE VALLE INCLAN.

El domingo cinco de enero de 1936, a las dos de la tarde, se iba del mundo ese fantasmal caballero que se llamara con altanería y desdén, don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro. Personaje exótico, escritor castizo, trasunto espiritual de una rebeldía permanente que alimentó su vida y cubrió como una llama su mortaja. Porque Valle-Inclán padeció en sus huesos, fosforescencia de cal y arrebol de Galicia—, la incomprensión de una sociedad burguesa que no entendió su obra de escritor, ni el sitio de eminencia que le correspondía en la literatura española y en la universal. Pero Valle se vengó de esa burguesía insolente, clavando en su piel dardos envenenados y destripando su orondo vientre para que mostrase la inútil viruta de que estaba fabricado.

Escritor hasta la medula, toda su existencia fue precisamente un sacerdocio en aras de las bellas letras. Padeció hambre y penuria. Pero no se doblegó nunca. Tenía un concepto romántico, iluso, del mundo. Simultáneamente creaba una imagen y un gracejo. Su ironía era cáustica y terrible. No daba, ni pedía cuartel. Envuelto en su capa castiza, con águila de plata y terciopelo rojo, vagaba por peñas y cafés, comunicando su alma en pena a sus admiradores.

Oírlo hablar era una fiesta dicen quienes estuvieron cerca de sus barbas. Palabra la suya torrencial, aguacero cristalino, como el rocío que cae de los chopos o esa luz verdi-negra que se cuela por las arboledas de Granada, la de las torres llorosas en los poemarios de García Lorca. Valle-Inclán ejerció el magisterio de la inteligencia insobornable. Sus conceptos semejaban guanteletes sobre una Humanidad espesa, ola gelatinosa e intensa que no entendía su mensaje.

Y en sus libros quedó la Belleza del mundo español. O la ternura galaica o el fantasmal paso de la Santa Compañía. O de pronto una milagrería hechizada o el torgo mútulo y caliente de humanidad de un pueblo roto, quemado y befado en el tablado de marionetas. Artista insigne acarició la palabra como una amante. Le exprimió todos los zumos. Amaba la música de organillo de algunos conceptos, pero también atendía al Ruedo Ibérico, acercándose a los pitones del toro y pisándole insolentemente sus terrenos. Castizo y bravío. España eterna, como supo grabarla en agua-fuertes goyescos.

Murió en un momento dramático de su Península. Cuando en el horizonte asomaba sus pezuñas el monstruo de la guerra civil. Y hasta el último momento amó la Libertad y escribió para defenderla. Sus princesas cloróticas y sus morenas ardientes, de sabor de canela, pasan por sus libros imprimiéndoles ternura, perfume y leyenda. Hombre grande este Valle Inclán, que, en la hora de su muerte, con la cabellera como una estopa y sostenido en los alambres galvanizados de los huesos, levantó la cabeza y preguntó "La muerte... ¡Cuánto tarda EZA...!".

De él pudo decir Gómez de la Serna: "Fue un español que habló y obró con un significado español y además tuvo una misión de Espantapájaros que estuvo evitando que los grajos se comieran las uvas del Arte. Fue el ogro de la España literaria y amena, el literato de figura caballescica, el cabecilla literario, un tipo invulnerable y profético que desdeñaba el tiempo y sus volubilidades, sus miserias y hasta sus grandezas. Valle era el escritor más lírico, más barbado, más barroco de España".

Hace veinte años, en la flor de la juventud escribimos una Biografía del insigne escritor. Acaso sea de lo poco que podamos recoger en esos tiempos ilusos, cuando en la pedantería natural de la mocedad, hacemos y rehacemos el Universo, de acuerdo con nuestro noble e inútil narcicismo.

POESIA —

Por Héctor Villanueva.

Entregamos a los lectores del Boletín, tres sonetos de Héctor Villanueva, antiguo diplomático de la Argentina ante el Gobierno de Colombia.

El mensaje lírico de este poeta está largamente atravesado por una pertinaz llovizna de melancolía, por jugos acres, por estaciones amarillentas en la trémula hoja, en el río donde se bañan inútilmente los ruiseñores, en el viaje de los cristales que llevan sobre su lomo todo el cansancio de las miradas humanas.

Facturar sonetos parece cosa fácil, juego para estudiantes de bachillerato, necesario viaje a la manida retórica. Y eso carece de verdad. El soneto, cuando es perfecto o traduce exactamente virtuales emociones, requiere una dura lucha entre la fiebre del artista y la serenidad marmórea del vocablo. En este cuaja todo lo que es aspiración sentimental, pero reducido a cifras exactas. De la cantera idiomática nace el soneto como una extraña flor acabada, de repujados y colores exactos. Claro que cuando merece el nombre de tal. Porque esos sonetos desvaídos como aves sin plumas, de corto vuelo y de desgonzada intención, cualquiera puede hacerlos.

Héctor Villanueva tiene el sentido panteísta del mundo. Su corazón, como una leve flor de fuego, gira sonámbulo en el gran disco iluminado. Las cosas le hablan un lenguaje de esencias y de perfumes. Es la pávida criatura que se asoma al mundo y contempla su propia tristeza, su imperfección, la gloria trunca y el laurel amargo. Villanueva se deja llevar como un niño de la mano del viento, del vagabundo lírico que le cuenta verdades inocentes al amparo de un parque, de un tiempo casi diluido en la memoria, de una aceda melancolía lacerante. Su espíritu se conturba, sufre, quiere libertarse del mundo. Pero sus sentidos no obedecen. Por eso se ve impelido al canto, a esa voz brumosa, tejida de nieblas, recuerdos y frondas. Su verso es un tiempo en el espíritu. Tiene color y calor de otoño, cuando se desgranar las frutas, amarillea lentamente el poniente, las mujeres que tuvieron un amor, lo soñaron y lo perdieron sueltan su cabellera frente a la inútil belleza azogada del espejo. Por toda su poesía, como un ritornello, como un signo de cruz y de ceniza, pasa ese otoño que él ha visto en la Argentina, cuando la pampa es apenas una pizarra ilímite y el hombre se desangra solo frente al mal de los amores y de los recuerdos.

Villanueva es un poeta. Parece perogrullada decir esto. Pero, en estos tiempos de bombo mutuo, de cerradas capillas de elogios, de turiferarios interesados, ser un poeta de verdad es un hallazgo. Para la poesía, para el tiempo, para ese mundo cruzado de signos, donde lentas voces cantan letanías arrancadas al paisaje, al hombre, a la mujer enamorada, a todo lo que tiene validez en el mundo de los símbolos.

El tiránico espacio actual, donde se sienten las cadenas de la irredención, no da campo para el pequeño lucero del verso. No obstante, quienes se empecinan en traernos una orla de luz para el gran viaje subterráneo en busca de los algodones de la noche, merecen nuestro encendido aplauso. Nuevos Josés de Arimatea, preparan las esencias preciosas para el cuerpo fino y dulce de un Cristo demasiado vejado.

Villanueva es una alta voz lírica, sin vanas ostentaciones y careciendo de escribidores de turno que le digan "genio", ahora que todas las palabras han perdido su verdadero significado.

Leamos los sonetos de Héctor Villanueva.

## SUEÑOS OTOÑALES

### I

*Cómo pasa la tarde por el cielo,  
sobre el trigo que inclina dulcemente  
su lámpara dorada; cómo siente  
la hoja de otoño que la invoca el suelo.*

*Nuestra dicha abandona en otro vuelo  
su preferida luz y nuestra frente  
piensa en oscuros signos y presiente  
que el sol olvida su mejor anhelo.*

*Que este otoño que enciende la hermosura  
sufriente de los campos se recueste  
para llenar el mundo de ternura.*

*Que mi dolor, flotando en el sonoro  
favor del viento en la estación celeste,  
también descansa entre sus llamas de oro.*

## II

*Con tus crujidos dulces y hoces de oro,  
vendrás, otoño, a madurar los días,  
y acá, donde enjoyó sus alegrías,  
tendrá mi pecho un ceniciento coro.*

*Esta provincia que alimenta al toro  
beberá vino de tus lejanías  
y al perderse entre el sol las nubes frías  
pondrá en tus manos un trigal sonoro.*

*Así, si igual que al manzandar tardío,  
das sazón a mi amor y a mi ternura  
y atas tus fuegos íntimos al mío.*

*Verás cómo perfuma tus congojas  
en la realeza de su fuente pura  
mi esperanza, naciendo de tus hojas.*

## III

*Toma este pecho quieto, ya no es mío;  
antaño, frente al cielo ha caminado  
por su duelo de amor y retornado,  
sabe de eternidades, como el río.*

*Ah noche, yo me inclino a tu vacío  
y cede mi dolor en su callado  
cauce, por este tiempo lacerado  
de ilusiones disueltas en el frío.*

*Mi espíritu, abolido en lo doliente  
de la ternura cruza una extinguida  
llama de voces grises, tristemente.*

*Ya el alma es toda idéntica al recuerdo  
abierto en soledad. Ah, luz vencida,  
juventud de mi amor, cómo te pierdo!*

HECTOR VILLANUEVA